

en la cuestion religiosa, sobre todo, entre los pensadores alemanes. Wolff, con gran fidelidad á su ministerio de filósofo, combatió lo sobrenatural; y sostuvo que todo cuanto se cree llegado á nosotros por el maravilloso conducto del milagro, pudo llegar tambien por medio de la razon natural. La filosofía preparaba así el camino á una trasformacion religiosa de la misma suerte que la trasformacion religiosa preparaba una trasformacion política. Los escritores que llevaban la idea nueva, la idea racionalista á todas las esferas de la práctica, á todos los furios de la controversia, á todas las pasiones de las escuelas, eran escritores en literatura escasos, en ciencia pobres, apasionadísimos en sus juicios; de un estilo verdaderamente deplorable por su mediocridad, y si alguna vez se exaltaban, mas deplorable todavía por su furia y por su inconveniencia. Edelman comenzó en religion por ser apologista, y concluyó por ser excéptico. Sus dudas eran bien extrañas en protestante tan piadoso, y racionalista tan reciente. Se preguntaba á sí mismo si los irracionales no eran mas felices que los hombres, que los ángeles mismos, por no tener en la mente estos problemas religiosos llenos de ideas, pero henchidos tambien de dolores y de angustias. Se preguntaba cómo el hombre regenerado por Cristo puede continuar pecando; y si continúa pecando cómo ha sido regenerado. Se preguntaba si era eficaz el bautismo cuando no alcanzaba á borrar el pecado. Y despues se dirigia contra todos los dogmas, contra todas las creencias; y declaraba que todo el Viejo Testamento habia sido escrito en tiempo de Esdras, y todo el Nuevo Testamento en tiempo de Constantino, obedeciendo la redaccion del primero á las preocupaciones de una raza, y la redaccion del segundo á las necesidades de la política.

Compañero de Edelman en la obra de criticar la religion histórica fué Nicolai. El doctor Stauss se queja en uno de sus más profundos escritos sobre los problemas religiosos

del menosprecio profundísimo en que suelen tener los reaccionarios alemanes el siglo décimo-octavo, llamándole por excelencia siglo de Nicolai, pésimo escritor. Sin embargo, este pésimo escritor era conocido de todos los grandes génius de su tiempo, al revés de Tácito, que se gloriaba de no conocer á los emperadores ni por sus beneficios ni por sus injurias, *nec beneficio, nec injuria cogniti*. Nicolai fué ó amigo entusiasta, ó enemigo encarnizado de todos aquellos que se consagraban en su tiempo á las letras y á las ciencias. Su crítica lijera, su tono burlesco, sus conocimientos superficiales, sus salidas bruscas, sus injurias soces, le atrajeron reputacion abominable y ódios inextinguibles. Pero vengábase ruidosamente clasificando á todos los escritores en tres categorías: cabezas redondas ortodoxas, embrollistas estéticos, cerebros cascados filosóficos. Despues publicó una novela contra la vida de los pastores protestantes; más tarde, en sus viajes por Suiza, atacó ruda é inconvenientemente á todos los catedráticos, sacerdotes y poetas más ilustres de su tiempo, achacándoles el pertenecer á una inmensa sociedad jesuítica destinada á subvertir los caracteres y á viciar las ideas de su tiempo. Naturalmente todos aquellos grandes génius, zaheridos y maltratados por un hombre de vulgar entendimiento y de mediano estilo, habian de vengarse en frases que por su relieve y por su mérito quedaran grabadas indeleblemente en la conciencia humana. Su reputacion por tanto es inmerecida. Exageró, es verdad, pero combatió con el mismo ardor que los enciclopedistas, aunque sin su ingenio y sin su gracia, un clero que en el fondo era tan atrasado é intolerante como el clero católico. Su ministerio se parece en mucho al ministerio de los filósofos del pasado siglo, que ahuyentando las ideas teológicas y sobreponiéndolas el sentido comun, creian realizar una revolucion filosófica, y en realidad, realizaban una revolucion democrática.

Bahrtdt cierra el ciclo de estos escritores,

intermedios entre la religion y la filosofía, nacidos en el protestantismo y destinados á minar la iglesia protestante. Nervioso, impresionable, cambiante, tornadizo, atento á sus pasiones más que á sus estudios, predicador desde los diez y siete años, precoz por consecuencia, y como todos los jóvenes precoces sin desarrollo y sin madurez verdadera, teólogo de profesion, filósofo de aficiones, y además cocinero, peluquero y tabernero; su vida se parece, siempre en la miseria, husmeando siempre el dinero, amante de esta dama, esposo infeliz de la otra, querido desgraciado y aporreado de la de más allá, criado y señor á un tiempo, lleno durante algunas horas de respetos, y abandonado á la hora siguiente á todos los sarcasmos y á todos los insultos; su vida, decia, se parece á una de esas novelas picarescas, su tipo á uno de esos extraños tipos que nuestros escritores copiaron del natural, y que la fácil pluma y el brillante talento de copista que distinguen á Lesage transmitieron á toda Europa. Nacido y criado en el protestantismo, predicador y predicador casi pietista, llegó de extravió en extravió hasta forjar una novela sobre la vida de Jesucristo y hasta decir que, así como Confucio y Moisés eran hombres extraordinarios que precedieron á Cristo, Cristo no fué sino otro hombre extraordinario, aleccionado en una sociedad secreta, circuido de antiguos masones y destinado por la Providencia á servir á su vez de predecesor á Bahrtdt.

Realmente el hombre que funda la libertad de pensar en Alemania es Federico II. En la historia de su raza no hay carácter más atractivo, porque no hay carácter más humano. No es su idea la idea estrecha de Arminio, no es su pasion la pasion nacional de Lutero; es la idea y la pasion de la humanidad. Los que entran en la historia, en sus tortuosidades, en sus asperezas, como si entraran en la region serena y tranquila de la filosofía, suelen echarle en cara que escribió ardiente libro contra Maquiavelo y puso por obra prácticas

4.

maquiavélicas; que cantó los beneficios de la paz como un Virgilio y sembró la guerra como un César; que maldijo de la conquista como el abate Saint-Pierre y fué de los conquistadores como Ciro y como Alejandro. Pero los que examinan los hombres y las obras de los hombres, midiendo las dificultades que encuentran, los obstáculos que vencen, los males que ahogan y los progresos que traen, jamás admirarán bastante al filósofo coronado, que, solo en el mundo, perseguido de todos los poderosos, acosado por rusos, tártaros, croatas, húngaros, franceses, abandonado de sus amigos y de sus aliados, con su pequeño abigarradísimo ejército, sin más fuerza que su vigorosa disciplina y sin más impulso que la grande alma de su general, impulsada á su vez por otra idea más grande, crea en el centro de Alemania la potencia destinada á ser, respecto á la libertad de pensar, lo que fueron los Oranges é Inglaterra respecto á la libertad política. No hay que dudarle; el instrumento de que se valió fué un mal instrumento, la monarquía absoluta; las manchas que afean su reinado son grandes manchas, la desmembración de Polonia; su conciencia no se eleva muchas veces hasta el ideal absoluto de justicia; sus lábios lanzan epigramas que cuestan guerras; su escepticismo degenera en sarcástico y lijero; pero con todos estos defectos, con mayores todavía si se quiere, no hay ninguna personalidad de su tiempo, en que estalle con tanta fuerza y tanto brillo el inmortal espíritu de su siglo, aquel siglo humanitario por excelencia. Aunque otros timbres no tuviera, bastaría el que apenas recibe un dominio de dos mil leguas cuadradas y de tres millones de habitantes, quebranta desde este reducto el formidable Sacro Imperio, el representante de la tradicion, el Goliath del absolutismo, el carcelero de todos los pueblos, el enemigo de Guillermo Tell, el verdugo de Juan Huss, el asesino de Padilla, el envenenador de las razas latinas, el monstruoso imperio austriaco, que, de haber triunfado, que-

mára hasta la médula de nuestros huesos, redujera á pavesas nuestra conciencia, é hiciera de toda Europa lo que hizo con su nefasta autoridad y su terrible política de nuestra feraz España, un desolado desierto. La conquista de Silesia, que tanto y tan duramente le han criticado, fué la conquista de la libertad de conciencia, porque compuesta en su mayor parte de católicos, recibieron todos estos la consagración de su derecho de manos del Rey, educado en el protestantismo y crecido en la filosofía. Despues de la batalla de Strieugan, en 1745, dos mil campesinos quisieron degollar á todos los católicos de la comarca. El Rey se indignó. La tolerancia humanitaria latió en su corazón, el espíritu del siglo se posesionó de su mente, el eterno Verbo Divino asomó á sus labios, é invocando el tema de «amad á vuestros enemigos,» pronunció un discurso, digno eco del sermón de la Montaña, que arrancó las homicidas armas á los dementes fanáticos. De gran memoria como conviene á un estadista; de escasa fantasía como su siglo; de ideas claras más que profundas; de ironía fina y delicada; un cerebro más que un corazón; un carácter servido y á veces mandado por una grande inteligencia; con los poderosos altanero, con los humildes sencillo; del génio y de la ciencia apasionado hasta el delirio; del mérito siem-

pre admirador; en sus versos mediano, en su prosa incorrecto, en su filosofía vulgar y de sentido comun, pero contando sus hazañas, digno de equipararse con César, no solo por la sobriedad del relato, sino por la sencilla y natural modestia; alegre como un héroe antiguo, administrador moralísimo, jurisconsulto distinguido, celoso de que la justicia llegara hasta las últimas clases sociales; tolerante con los juicios de su pueblo, á quien todo lo dejaba decir con tal de que todo se lo dejase á él hacer; entero en la adversidad; sereno en el peligro; reflexivo en sus planes; tenaz en sus propósitos; sobre todas sus cualidades resalta aquella efusión con que abría las fronteras de su reino, las puertas de su palacio, los brazos de su amistad á todos los que algo pensaban, á todos los que algo creían, á todos los que trabajaban por alguna idea, á los filósofos enciclopedistas perseguidos por las preocupaciones y quemados en efígie por los verdugos, á los hermanos Moravos cargados con sus utopías, á los francmasones excomulgados por los papas, á los jesuitas maldecidos de los reyes, á todos los que padecían por alguna creencia: que su frente se eleva sobre todas las frentes, y reverbera y refleja la luz del porvenir, el pensamiento de los siglos futuros, porque su alma ha abrazado con fervoroso entusiasmo la tolerancia universal.

## CAPITULO XXX.

### LA CRÍTICA RELIGIOSA Y SU INFLUENCIA POLÍTICA.

Los dos hombres que verdaderamente personifican dentro de Alemania la cima de la revolución religiosa en el siglo décimo-octavo, son Eimarus y Lessing. El primero, sobre las tradiciones piadosas, sobre la revelación universal, se levanta á buscar, ya que no en los cielos, sordos á sus evocaciones, en la profunda conciencia, la ley de los espíritus, la religión natural, dimanada de nuestro más íntimo sér, y en armonía con los principios y los derechos de la razón. Y conviene apuntar este fenómeno histórico, pues desde el momento en que la razón busca fuera de las tradiciones religiosas la ley natural de las conciencias, por un movimiento lógico, superior á la voluntad individual, por una fuerza dialéctica, impuesta de propia virtud, buscará también, fuera de las tradiciones políticas, la ley natural de las sociedades. Hoy el principio fundamental de Eimarus, ha pasado á ser un principio vulgar y de comun sentido. Todo hombre medianamente ilustrado, sabe que debe buscarse la religión, no tanto en las re-

velaciones, como en la naturaleza y en la conciencia, de la misma suerte que todo hombre medianamente ilustrado pide á su vez la base de las sociedades, no á las tradiciones, sino á los humanos fundamentales derechos. Pero en siglos apartados de nosotros, en oscuros tiempos, cuesta sobrehumano esfuerzo elevarse á un nuevo ideal, y doloroso martirio comunicar á los empedernidos y á los ciegos, el resplandor de esta luz.

Mas no se contentó Eimarus con expresar las ideas nuevas, atacó también las antiguas tradiciones. En su exaltación guardó pocos respetos á las creencias, y se atrajo enemistades implacables.

Ya comprendía, con solo haber levantado una punta al velo de su pensamiento, que el escándalo iba á ser inmenso. Así, despues de haber escrito resmas enteras para interpretar la Biblia y el Evangelio, guardó receloso, inquieto, como el ladrón sus robos, los productos de sus ideas. La rígida educación de las escuelas luteranas, su estrecho espíritu his-